



COMARCAS / AUTONOMÍA

La Autonomía ha supuesto un paso extraordinario en el progreso de Aragón. Disponer cerca de un Parlamento y un Gobierno aragoneses ha impulsado mil asuntos, en especial lo económico y lo social. Sin embargo, no todo es perfecto. Hay demasiada desobediencia de los imperturbables gobiernos autónomos a lo aprobado en Cortes, demasiada opacidad informativa sobre muchos aspectos, junto a un cierto exceso de propaganda y control de los medios, y el escándalo de tantos llamados asesores sin más motivo que un clientelar carnet en desuso ni más encargo que cobrar sustanciosos ingresos mensuales.

En tiempos de trenes de alta velocidad y autopistas, de helicópteros e Internet, no tiene ya el sentido que tuvo en 1833 la división provincial. Como su propio nombre indica, generó con frecuencia divisiones entre aragoneses que luchaban por idénticos fines en Madrid, alejó en ellos la percepción de un Aragón histórico lleno de sentido (sea lo pretendido, en el XIX y en el franquismo, por ejemplo) e hizo perder fuerza y eficacia a sus reivindicaciones. Es cuestión difícil de resolver, por su encuadre en la Constitución y porque están consolidados fuertes intereses, entre ellos muchos cargos y puestos de trabajo.

La comarcalización es una medida sabia para potenciar áreas deprimidas, fijando población, centros escolares y sanitarios, ámbitos turísticos y culturales, y otros servicios. Pero es excesiva, demasiado hecha pensando en el mapa, las extensiones, los viejos nombres históricos, los agravios y las presiones. Debieron ser menos de la mitad para ser realmente efectivas, resolver la capitalidad zaragozana, comunicar bien todas las cabeceras. Y haber huido del caciquismo, no dando lugar a tantos pequeños poderes con grandes presupuestos.

En fin, quizá Aragón deba pensar en una reducción drástica de municipios, no sólo ante la crisis, sino por eficiencia y operatividad, revalorizando instancias menores como barrios.